

una convocatoria de elecciones generales, con resultados imprevisibles.

Pero el "caso" se ha hecho internacional. En algunos lugares del mundo hay ataques a la Embajada o a instituciones de la República Federal de Alemania. En otros, respuestas nazis: una sinagoga profanada en Viena, un atentado contra el Consulado italiano en París, reivindicado por un Frente Nacional alemán que combate "por el restablecimiento de la ley y el orden en la Gran Alemania". Los judíos se manifiestan en algunas ciudades del mundo. Y comienza a aparecer el clásico grito del miedo: los nazis vuelven, los alemanes vuelven...

¿Vuelven los nazis? El tema había comenzado a preocupar en la misma Alemania Federal desde mucho antes del "caso Kappler". El 19 de julio, un mes antes de la evasión, el presidente del Partido Socialdemócrata, Willy Brandt, había escrito una carta a Helmut Schmidt que se ha hecho pública ahora. "Los responsables al nivel municipal se preocupan menos de los peligros de origen neonazi que nos amenazan que de los peligros que presenta el extremismo de izquierda", decía Willy Brandt. Pero los activistas de la extrema derecha "muestran abiertamente los símbolos nazis, militan en favor de teorías que incitan al odio contra las minorías y combaten sin ningún pudor el orden democrático y liberal de la República Federal".

Mientras tanto, la imagen de Hitler está reapareciendo en libros, revistas, publicaciones de Alemania Federal y da ocasión a polémicas en las que ha desaparecido ya la idea de posguerra del "mal absoluto": es un personaje discutible. La película "Hitler, una carrera", de Joaquín Fest, autor de libros monumentales sobre Hitler y el nazismo, levanta otra vez la polémica. Hitler no aparece, como de costumbre, bajo los rasgos de un personaje patológico (defensa de los alemanes para alejarle de "su" normalidad) ni tampoco como un muñeco de las fuerzas económicas dominantes. Hitler, dice el propio Fest, fue "una mezcla casi ejemplar de todas las angustias, de los sentimientos contestatarios y de las esperanzas" de la época en que vivió, con la que estaba identificado —"una identidad secreta"—, hasta el punto de que fue precisamente su normalidad la que le permitió representar a esa época. Es probablemente cierto. Si Adolfo Hitler no hubiera existido, había en Alemania docenas de personajes que hubieran podido representar su papel. La

misma constelación de semidioses nazis hubiera podido suministrar un buen Hitler; y también aquellos que se quedaron en la cuneta o que fueron apartados del camino del poder por el propio Adolfo Hitler. El film de Joaquín Fest repite incansablemente que Hitler hizo "una carrera alemana", que era "un buen hombre de la calle", que representa su época. Estrenada la película en Berlín —Oeste, naturalmente—, las encuestas rápidas de los periódicos, de la radio y de la televisión entre los espectadores muestran unas opiniones bastante distintas de la mitología que "debía" dominar, según la conveniencia: nadie está absolutamente seguro de que Hitler representase el mal, de que fuera un criminal de guerra, ni siquiera de que fuese un hombre genial: fue un político que adoptó la medida de su tiempo. Alemania no puede estar segura, y no quiere estar segura, de que toda la época de grandes crímenes en que se desarrolló la guerra mundial, en toda la época de las grandes matanzas de Stalin, de las bombas de Fósforo americanas sobre Hamburgo, de las bombas británicas sobre Dresden o de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki se pueda concluir que sólo Alemania fue culpable y que sólo ella produjo criminales de guerra.

Pero al mismo tiempo, se están produciendo unos hechos que hacen renacer el miedo a Alemania, el histórico miedo a Alemania. El país, aún con un Gobierno llamado socialdemócrata, se inclina cada vez más hacia la derecha. Y simultáneamente está ejerciendo una hegemonía de hecho sobre Europa. Una hegemonía económica, una hegemonía política que procede de su estrecha relación con los Estados Unidos. Alemania Federal sigue siendo la clave de las buenas o las malas relaciones con la Unión Soviética. El país que lo ganó todo en la posguerra por ser la línea de defensa anti-comunista está volviendo a serlo en esta nueva guerra fría...

¿Dónde queda el caso Kappler en todo esto? En la humillación de Italia, en el dolor de los supervivientes de las matanzas nazis de Roma, en la furia eterna de los judíos. En una tensión diplomática entre Italia y Alemania Federal, que se acabará pronto —ya el ministro del Exterior de Alemania, el liberal Genscher, ha hecho unas declaraciones a "La Stampa" que Italia ha acogido como satisfactorias—; en fin, en lo que es, en un episodio. Pero más allá de él ha evocado viejos y nuevos fantasmas. Que no han cesado de inquietar a Europa. ■

# La Capilla siXtina

## LOS CULTOS IGNORANTES

**E**L verano me permite recuperar algunos amigos que ejercen profesionalmente fuera de España. A veces voy a verles. A veces vuelven ellos. Anclado nuevamente en Madrid, recibo la visita de un profesor de Lingüística desde hace varios años vinculado a las Universidades norteamericanas. Como la política española está de moda en el mundo, el tema se impone como hegemónico, pero pronto llevo la conversación hacia la metrópoli, imbuido de mi papel de provinciano ávido de información sobre el meollo del universo.

—¿Qué tal Carter?

—Puede hacer cosas.

—Claro que puede hacer cosas. No faltaría más. Pero, ¿buenas?

—Buenas dentro de lo posible.

Se lanza mi amigo a una serie de comentarios sobre el reformismo carteriano y minutos después ya me habla en general de las excelencias del progreso americano. De lo mucho y bien que trabaja la gente. Del nivel de vida.

—A ellos la democracia les ha servido para prosperar. Veremos si en España ocurre lo mismo.

No creo oír lo que oigo, pero lo he oído.

—Así que tú crees que un sistema de organización política sirve o no sirve según el material humano que lo maneja.

—Sin duda.

—No crees que la buena situación económica ayuda al "consensus" social y la mala lleva al rompimiento.

—Por descontado. Pero una buena situación económica se consigue trabajando, como los americanos, como los alemanes.

—Y se consigue estando en condiciones de que medio mundo trabaje para americanos y alemanes en condiciones de subsistencia precaria. Sin la depredación colonial de medio mundo, los americanos o los alemanes no vivirían como viven, ni podrían permitirse el lujo de presenciar un desfile de crápulas o mediocres por el sillón de la Casa Blanca, ni tendrían esa impasibilidad germánica ante el bien y el mal histórico.

La concepción del imperialismo apenas si ha llegado a la cultura americana. La han hecho suya un reducido grupo de críticos sociales y políticos, mientras el grueso de la "inteligencia" americana sigue practicando un criticismo idealista que no les ayuda a comprender la conexión que existe entre la prosperidad americana y la miseria chilena, entre la democracia carterista y la dictadura pinochetista.

—Para que tú puedas dedicarte a estudiar las constantes lingüísticas del indoeuropeo gracias a las subvenciones que recibes en Estados Unidos, es preciso que millones de seres humanos no sepan leer ni escribir.

Recupera mi amigo la razón dialéctica y con ella el cínico egoísmo intelectual.

—Virgilio escribió lo que escribió subvencionado por un sistema esclavista y el arte existe porque los ricos estuvieron en condiciones de acumular dinero a costa de los demás.

Cada vez que hablo con un americano o un paraamericano culturalizado, pienso en la tragicómica inutilidad de la cultura ignorante de su propio precio. ■

SIXTO CAMARA